

La espiritualidad ignaciana para el bien vivir y el bien morir

Algunas reflexiones a partir de las preparaciones para la muerte



SARA GABRIELA BAZ SÁNCHEZ

Licenciada en Historia del Arte y maestra en Estudios de Arte por la Universidad Iberoamericana Ciudad de México; maestra en Historiografía de México por la Universidad Autónoma Metropolitana y doctora en Historia por El Colegio de México. A partir de 1999 se ha desempeñado como docente, investigadora, documentadora y coordinadora de más de 30 exposiciones nacionales e internacionales. Su experiencia en museos se remonta a ese año, cuando se incorporó al área de Investigación del Museo Nacional del Virreinato (INAH). Entre 2007-2015 fue subdirectora de exhibición, subdirectora técnica y subdirectora académica en el Museo Nacional de

Arte [Instituto Nacional de Bellas Artes]. Fue becaria del Conacyt de 2002-2004 y de 2005-2008. Obtuvo el Premio Edmundo O’Gorman a la mejor tesis de maestría, en el marco de los Premios Nacionales INAH [2005]. Ha impartido cursos en el Departamento de Historia y en el Diplomado de Estudios de Arte, coordinado por la Dirección de Educación Continua de la Universidad Iberoamericana, así como cursos de Curaduría y Gestión en el Diplomado en Museos de la Academia de San Carlos [UNAM]. De 2015 a 2016 fue directora del Museo Nacional del Virreinato (INAH) y de 2016 a 2018, directora del Museo Nacional de Arte [INBA]. Actualmente es profesora de tiempo completo en el Departamento de Arte de la Universidad Iberoamericana, con líneas de investigación en la historiografía y la emblemática.

EL RELATO DEL PEREGRINO

De ahí a otros cuatro meses que él estaba ya en una casilla, fuera del hospital, viene un día un alguacil a su puerta, y le llama y dice: “Veníos un poco conmigo”. Y dejándole en la cárcel, les dice: “No salgáis de aquí hasta que os sea ordenado otra cosa”. Esto era un tiempo de verano, y él no estaba estrecho, y así venían muchos a visitarle; y hacía lo mismo que libre, de hacer doctrina y dar ejercicios. No quiso nunca tomar abogado ni procurador, aunque muchos se ofrecían. Acuérdate especialmente de doña Teresa de Cárdenas, la cual le envió a visitar y le hizo muchas veces ofertas de sacarle de allí: mas no aceptó nada, diciendo siempre: “Aquel por cuyo amor aquí entré, me sacará, si fuere servido de ello”.

Ignacio de Loyola.

E

Entre los siglos XV y XIX el mundo católico occidental desarrolló diversos dispositivos que permitían preparar el alma para la muerte. Los *artes moriendi* (*ars moriendi* en singular) comenzaron a circular en el siglo XV; eran opúsculos breves, acompañados de algunas imágenes, cuyo objetivo principal era prevenir al moribundo acerca de cinco tentaciones diabólicas. Estas cinco tentaciones forman parte de la estructura fundante del *ars moriendi* desde sus primeros ejemplares manuscritos y son las siguientes:

- de infidelidad, por ser la fe el fundamento de toda salvación;
- de desesperación, por el rigor de la justicia divina y la imposibilidad de la confesión;

El método ignaciano, vertido en los *Ejercicios Espirituales* permeó, pues, la redacción de las preparaciones para la muerte: el método planteado permitió una lectura más sencilla de cómo ganar el alma para la eternidad; la tarea no se apreciaba como inasequible y, a partir de meditaciones cotidianas, el lector podría fácilmente hallar el camino de la salvación.

- de vanagloria, por la complacencia en las buenas obras;
- de impaciencia y desafecto a Dios, por la atrocidad de los dolores;
- y de avaricia, por el apegamiento excesivo a la familia, a la hacienda y a los proyectos personales.¹



Ars moriendi. Preparar el alma para la muerte.

EL RELATO DEL PEREGRINO

Entre las muchas personas que seguían al peregrino había una madre y una hija, entrambas viudas, y la hija muy moza y muy vistosa, las cuales habían entrado mucho en espíritu, máxime la hija; y en tanto que, siendo nobles, eran idas a la Verónica de Jaén a pie, y no sé si mendigando, y solas; y esto hizo grande rumor en Alcalá. Y el doctor Ciruelo, que tenía alguna protección de ellas, pensó que el preso las había inducido, y por eso le hizo prender. [...] Desde el día en que entró en la cárcel el peregrino hasta que le sacaron, se pasaron cuarenta y dos días; al fin de los cuales, siendo ya venidas las dos devotas, fue el notario a la cárcel a leerle la sentencia: que fuese libre.

Ignacio de Loyola.



San Ignacio en la cueva de Manresa, que representa el trance místico por el que lo creyeron muerto. Lienzo. Autor desconocido. Siglo XVII. Obra perteneciente a la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, exhibida en el vestíbulo de la Rectoría de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Fotografía de la Mtra. Magdalena Castañeda Hernández.

EL RELATO DEL PEREGRINO

Y así se determinó de ir a París a estudiar. [...] Muchas personas principales le hicieron grandes instancias de que no se fuese, mas nunca lo pudieron acabar con él; antes quince o veinte días después de haber salido de la prisión, se partió solo, llevando algunos libros en un asnillo; y llegado a Barcelona, todos los que le conocían le disuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún temor.

Ignacio de Loyola.

Las tentaciones demoniacas constituyen el tronco común desde los primeros *artes moriendi* hasta obras más tardías, conocidas genéricamente como preparaciones para la muerte.

Con el paso del tiempo, los pequeños manuales que eran los *artes moriendi* sufrieron algunas modificaciones: las imágenes desaparecieron, las reflexiones se hicieron más profundas y, sobre todo, los autores insistían en que el negocio de la salvación del alma, la materia más grave que debe ocupar a todo ser humano, era algo que requería de un ejercicio de toda la vida y no podía dejarse para el último momento.

Gracias a la preparación para la muerte de Erasmo de Rotterdam (*Praeparatio ad mortem*, ca. 1530), su traducción al castellano y circulación por la Península Ibérica, autores como Alejo Venegas del Busto marcaron una diferencia: los *artes moriendi* cedieron el paso a las preparaciones espirituales para la muerte y se convirtieron en auténticos tratados.

¿Por qué razones se habrán desterrado las imágenes que antiguamente poblaban a los manuales? La pregunta lleva a desarrollar varias hipótesis; entre ellas, que el surgimiento de una espiritualidad distinta determinaría que el trabajo de preparación del alma para su tránsito a la eternidad debía realizarse durante toda la vida y “en sana salud” y no dejarse para el momento postrero.

Asimismo, este destierro de la imagen puede deberse a que una preparación a conciencia debe hacerse mediante la interiorización de nociones en

Las tentaciones demoniacas constituyen el tronco común desde los primeros *artes moriendi* hasta obras más tardías, conocidas genéricamente como preparaciones para la muerte.

una dimensión más profunda, y es por ello que los *artes moriendi* abandonan su carácter de manuales. Por otro lado, la publicación de los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola en 1548 determinaría, en este mismo camino de surgimiento de una espiritualidad moderna, la necesidad de hacer un trabajo introspectivo más fuerte y decisivo a lo largo de un cierto número de días, consagrados solamente a la meditación en la salud de la propia alma. Esto excluye la presencia de la imagen, pues “más esencialmente que en nada, consisten [los *Ejercicios*] en una aplicación –en el doble sentido del ‘aplicar’ un medio o instrumento y del estudiante ‘aplicado’– de la imaginación, con la composición viendo el lugar, el empleo de los sentidos –que no son los de la percepción, sino, como el texto mismo dice, los ‘de la imaginación’, es decir, no ver, oír, oler, gustar ni tocar realmente, lo que sería imposible con nada del más allá, sino imaginarse lo que se vería, oiría, olería, gustaría y tocaría en el más allá, si fuese material–, y aún la aplicación de las potencias del alma memoria y entendimiento, si no voluntad: porque la memoria es indudablemente la imaginativa, y aún el pensar o discurrir con el entendimiento es mucho más un hacerlo sobre las representaciones de la imaginación que en ideación abstracta de ellas”.²

Así vemos la importancia de la recreación de sensaciones y sentimientos (de la conmoción) a partir de las facultades o potencias del alma, pero vemos también que la reiteración de sensaciones producidas por estas recreaciones redundará en el perfeccionamiento del método empleado por algunos de los autores de obras para despertar la conciencia, método que camina muy de cerca del planteado por Ignacio de Loyola.

La Compañía de Jesús tuvo, me atrevo a decir, un liderazgo en la producción de estos textos. El cardenal Roberto Bellarmino, Juan Eusebio Nieremberg, Alonso de Andrade, Giovanni Pietro Pinamonti y

EL RELATO DEL PEREGRINO

Y así se partió para París solo y a pie, y llegó a París, por el mes de febrero, poco más o menos; y según me cuenta, esto fue el año de 1528 o de 27. Cuando estaba preso en Alcalá, nació el príncipe de España; y por aquí se puede hacer la cuenta de todo, aun de lo pasado. Púsose en una casa con algunos españoles, y iba a estudiar humanidad a Monteagudo. Y la causa fue porque, como le habían hecho pasar adelante en los estudios con tanta prisa, hallábase muy falto de fundamentos; y estudiaba con los niños, pasando por la orden y manera de París.

El genio de los *Ejercicios* de San Ignacio estriba, a juicio de José Gaos, en que se trata de una guía para ejercitarse en la meditación bajo la dirección de alguien capacitado. La guía de San Ignacio es tan sencilla que prácticamente cualquiera puede seguirla.



Ars moriendi. Las tentaciones demoniacas constituyen el tronco común desde los primeros *artes moriendi* hasta obras más tardías.

EL RELATO DEL PEREGRINO

Y estando el peregrino para partirse [de París], supo que lo habían acusado al inquisidor, y hecho proceso contra él. Conocedor de esto y viendo que no lo llamaban, se fue al inquisidor y le dijo lo que había sabido y que él estaba para partirse a España, y que tenía compañeros; que le rogaba quisiese dar la sentencia. El inquisidor dijo que era verdad en cuanto la acusación; mas que no veía hubiese cosa de importancia. Tan sólo quería ver sus escritos de los *Ejercicios*; y viéndolos, los alabó mucho, y rogó al peregrino le dejase la copia; y él así lo hizo.

Ignacio de Loyola.

Jean Crasset publicaron preparaciones para la muerte; todas ellas fueron reeditadas en numerosas ocasiones y en distintas ciudades de la Monarquía hispánica. Un rasgo común es que los autores proponen un ejercicio de imaginación (la composición de lugar o *compositio loci*) para que el lector desarrolle una meditación profunda y productiva en torno al momento de su partida de este mundo; así, por ejemplo, Pinamonti recomienda todas las noches tenderse en el piso, cruzar las manos sobre el pecho e imaginar que el alma acaba de abandonar el cuerpo.

Otros autores propondrán que el lector imagine el momento de la crucifixión de Cristo, con todos sus ruidos, colores, humores y que piense en que el sufrimiento que él ha de experimentar en la enfermedad postrera no es para nada comparable con la Pasión. Con este ejercicio se mantiene un vínculo con los antiguos *artes moriendi*, en particular con la tentación de desesperación, no obstante, el método permite tanto sentir como razonar al ejercitante y llevarse, eventualmente, el fruto de esa meditación al momento de la agonía.

El método ignaciano, vertido en los *Ejercicios Espirituales* permeó, pues, la redacción de las preparaciones para la muerte: el método planteado permitió una lectura más sencilla de cómo ganar el alma para la eternidad; la tarea no se apreciaba como inasequible y, a partir de meditaciones cotidianas, el lector podría fácilmente hallar el camino de la salvación. El genio de los *Ejercicios* de San Ignacio estriba, a juicio de José Gaos, en que se trata de una guía para ejercitarse en la meditación bajo la dirección de alguien capacitado. La guía de San Ignacio es tan sencilla que prácticamente cualquiera puede seguirla. Es sistemática hasta el punto de ordenar las meditaciones a lo largo del día. Además, se plantean temas de las mismas, ejemplificados y puestos a discusión en un coloquio a fin de que el ejercitante se encuentre siempre en posibilidad de extraer la sustancia de cada tópico, de que éstos no

le parezcan alejados o demasiado especulativos y de que se sienta progresar a medida en que avanza en su práctica.

De este modo, vemos cómo la influencia ignaciana, a partir de los *Ejercicios Espirituales*, permeó otras formas discursivas como las preparaciones para la muerte y tuvo un impacto considerable a lo largo de los siglos, pues libros como los de J. Crasset y G. P. Pinamonti, sobre todo, tuvieron numerosas reediciones hasta bien entrado el siglo XIX, reediciones que salieron de imprentas tanto europeas como americanas.³

Esto implica que la *compositio loci* constituyó un apoyo asequible para todo aquel que deseara preparar su tránsito hacia la otra vida y que las fórmulas de meditación propuestas continuaron vigentes. Hoy estos libros rinden testimonio de una espiritualidad sensible, que no prescinde de un carácter argumental, pero que tampoco se aleja de las preocupaciones del común de los individuos. 

¹ “Cómo se preparaban los españoles para la muerte”, *Anales de Historia de la Iglesia*, 1992, pp. 113-138.

² José Gaos, *Historia de nuestra idea del mundo*, p. 126.

³ Crasset tiene una edición sevillana de 1867 y Pinamonti es el más presente en las imprentas mexicanas durante los siglos XVIII y XIX al contar con 10 reimpressiones, incluida una en la Ciudad de México en 1854. Cf. Palau y Dulcet, *Manual del librero hispano-americano. Bibliografía general española e hispano-americana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos con el valor comercial de los impresos descritos por...* Segunda edición corregida y aumentada por el autor, Barcelona, Palau, 1948, 25 volúmenes.

EL RELATO DEL PEREGRINO

Además de la doctrina cristiana, predicaba asimismo los domingos y fiestas, con provecho y ayuda de las almas, que de muchas millas venían a escucharle. Esforzose asimismo en desterrar algunos abusos; y con la ayuda de Dios se puso orden en alguno. [...] A los pobres hizo dar orden para que se proveyese pública y ordinariamente. Y que se tocase tres veces el Avemaría, es a saber: a la mañana, al mediodía y a la tarde, a fin de que el pueblo hiciese oración, como en Roma.

Ignacio de Loyola.